



## EL AZÚCAR

—¡Mira, mamá; ya está de vuelta papá!

Así dijo Manolito que estaba asomado al balcon; y fuese corriendo á recibir á su padre, dejando atras á doña María, su mamá, que le seguia.

Despues de los cariñosos saludos acostumbrados, Manolo se colgó de los faldones de papá, buscando algo que sin duda debia serle muy agradable.

—¿Es que no me has traído hoy ningun terroncito, papá?... ¡Ah! sí... héle aquí.

—¡Jesus! ¡cuánto te gusta el azúcar! qué afan en...

—No te extrañe eso Jorge; todos á su edad nos moriamos por las golosinas.

—Ciertamente. Mas yo haré redundar en beneficio suyo esta pasion, que podria serle perjudicial, dándole á conocer las propiedades del azúcar, é instruyéndole al mismo tiempo sobre la fabricacion y la historia de este artículo tan comun. Vamos á ver, Manolito; ¿á que no sabes lo que es el azúcar?

—¡Toma! el azúcar es una cosa dulce...

—Hay muchas cosas que son de sabor dulce sin ser azúcar. Quise preguntarte su composicion; escucha y la sabrás. Todas las sustancias orgánicas están compuestas, por lo ménos, de dos de los siguientes cuerpos: el carbono, el hidrógeno, el oxígeno y el azoe, y como accidentalmente, de algunos otros en corto número y cantidad, variando en todas las materias orgánicas. El azúcar es una de estas, y se compone de doce partes de carbono, once de hidrógeno y once de oxígeno; de aquí que, estando estos dos últimos en la misma proporcion que forman el agua, podemos decir que el azúcar es una mezcla de carbon y agua.

—¡Ah! sí, ya me acuerdo, papá, haber leído en Los Niños que todo lo que comemos y todo lo que bebemos es carbon, agua y aire.

—Sin duda conoces la propiedad que tiene el azúcar de disolverse con gran facilidad en el agua; en una libra de

ésta se disuelven dos de azúcar, y si calentamos el agua, se disolverá todo el azúcar que se eche. De esta propiedad que tiene de ser más soluble en caliente que en frío, se echa mano para obtener el azúcar cande, que no es otra cosa que azúcar cristalizado; al enfriarse el agua no puede contener tanto azúcar como cuando estaba caliente, y así es que se deposita este en forma de unos prismas que se denominan cristales, sobre unas tiritas tendidas á través del líquido.

Ahora vamos á hacer un experimento muy curioso, pero al que tendrás que sacrificar tu terron de azúcar.

—De muy buena gana lo haré, papá.

—Ve, pues, á buscar un poco de cal, dos vasos de agua y la lamparilla de la tetera, continuó D. Jorge.

—No podrás con todo, Manolito, voy á ayudarte, añadió doña María. Cuando D. Jorge tuvo todo lo que habia pedido, disolvió el azúcar en un vaso de agua y en el otro la cal, que al cabo de un rato se depositó en el fondo.

—Ya ves que la cal es insoluble en el agua comun; pero no sucederá lo mismo con la azucarada, que cuanto más lo sea tanta más cal disolverá.

En efecto; mezcló el contenido de los dos vasos, y quedó una disolucion clara y límpida, pero en cuyo fondo quedaba aún un poco de cal; si hubiese tenido Manolo dos, tres ó cuatro terroncitos más para el experimento, habria quedado un residuo dos, tres ó cuatro veces menor.

—Hé aquí, pues, un medio de propinar la cal en el estado de disolucion, del cual pueden echar mano los médicos para ciertas enfermedades. Esta disolucion presenta una propiedad algo rara que os voy á hacer observar.

Entonces D. Jorge encendió la lámpara de alcohol y la puso con precaucion debajo del vaso que contenia aquel líquido. Cuando éste llegó á hervir, de límpido y claro que era, se puso turbio y grumoso; más al enfriarse recobró su transparencia y fluidez. Esto sorprendió mucho á Manolo y á su mamá, quienes le hicieron repetir el experimento varias veces.

—¿Sabeis de cuántas plantas se puede extraer el azúcar?

—De muchas, creo; nosotros no conocemos otro que el de caña y el de remolacha, contestó Doña María. El primero, que procede de las Américas, las Indias, de varios paises tropicales y de Andalucía, es mejor que el segundo, que de 60 años á esta parte se fabrica con tanta abundancia en el Norte de Europa y sobre todo en Francia.

—Estás en un error; y no lo extraño, pues es una preocupacion muy general que azucara más el de caña que el de remolacha, y has de saber que en igualdad de circunstancias, en su fabricacion y pureza tienen las mismas propiedades físicas y químicas. Crees muy acertadamente que el azúcar se puede extraer de una infinidad de plantas; así como nosotros los europeos no usamos más que los que tú has dicho, los americanos del Norte, como los canadienses, todo el que consumen procede del *arce de azúcar*; los chinos y varios italianos, del *Sorgo de azúcar*, y los húngaros, de una especie de calabaza.

La gigantesca *caña de azúcar* pertenece á la familia de las gramíneas, como todas las otras cañas, los sorgos, el trigo, el arroz, el maiz, la cebada y otros cereales. Tiene una altura de

tres á cuatro metros, y el grosor de un brazo. ¿Recuerdas, esposa mia, cómo nuestros negros la plantaban y cosechaban en las Antillas?

—Para plantar un cañaveral, después de haber alisado y dispuesto el terreno en forma de tablero de damas, practican unos agujeros donde entieran una estaca ó pedazo de caña, cuyo nudo pronto echa raíces, y dentro de doce ó diez y ocho meses, dá su tallo cada una de aquellas estacas.

—¿Qué, por ventura, mamá, estas cañas no tienen aquella espiga ó penacho donde encierran sus semillas? y si las tienen, ¿por qué en vez de plantar por estacas no siembran?

—Porque las semillas se desarrollan con demasiada lentitud y exigen cuatro años para producir un tallo que se pueda explotar. La recolección de la caña ofrece un espectáculo lleno de interés. Negros y negras dispuestos en hilera, atacan machete en mano aquellos bosques de cañas; de un solo golpe separan la espiga por debajo de los dos ó tres últimos nudos, y de otro dirigido oblicuamente, cortan lo restante tan cerca del nudo como pueden; resultando en definitiva tallos de un metro de largo que los negros desembarazan de sus hojas y excrecencias y los lian en manojos para ser llevados inmediatamente al molino.

—Fíjate bien en lo que te refiere tu mamá y observarás que en la fabricación del azúcar como en la del pan y del vino, nada, absolutamente nada se desperdicia.

—En efecto, hijo mio; de lo que queda después de la corta, la espiga sirve de alimento á los animales, la porción de tallo que la acompaña se corta por los entrenudos en dos ó tres pedazos, que

se guardan para la plantación siguiente, y las hojas y despojos que caen á tierra, gracias al sol de los trópicos, se secan y se les prende fuego para que con las cenizas abonen el terreno.

El mal llamado molino consiste en tres grandes cilindros de hierro colado situados verticalmente sobre un arteson ó escurridero; el eje del cilindro del medio gira sobre sí mismo á impulsos de un motor cualquiera, y comunica su movimiento en sentido contrario á los otros dos. La caña, después de exprimida todo lo posible (bagazo), contiene todavía un poco de azúcar, por lo cual gusta algún tanto á las bestias cuando fresca, y cuando seca sirve de combustible para calentar las calderas donde se clarifica y evapora el guarapo ó zumo de caña hasta formar un jarabe ó almíbar muy espeso. La espuma que se produce en estas operaciones, se hace fermentar para que dé por destilación la tafia ó aguardiente que gusta mucho á los indios. Cuando el almíbar está frío se echa en unos toneles donde cristaliza y deja por residuo un líquido espeso, moreno, llamado melaza, que entre otras aplicaciones sirve para fabricar el rom. El azúcar obtenido (azúcar en bruto ó moscabado) dista mucho de tener la blancura y el sabor de esos *marmóreos* terrones, que tanto te gustan. Antes es necesario que sufra dos *refinaciones* consecutivas, que consisten en una larga serie de operaciones, algunas de ellas complicadas, y que se reducen á clarificaciones, destilaciones, cristalizaciones, lavado, etc.

—Y ¿cómo se hace el azúcar de remolacha? preguntó Manolito.

—La remolacha es una raíz de una especie de acelga, cuyas hojas y cuello, sobre todo, son rosados. Esta raíz pa-

recida á un rábano, despues de lavada y trinchada, dá por medio de una prensa hidráulica un jugo de color de sangre, con el que se verifican manipulaciones análogas, pero más perfeccionadas y complejas, en aparatos que los extranjeros han llevado á un grado de perfeccion admirable, y que *proporcionalmente* dan mayor cantidad de azúcar que los nuestros con la caña. Los americanos del Norte son más dichosos en la fabricacion del azúcar para su consumo. Les basta practicar una incision en el tronco del arce azucarado, introducir una cañita y recoger la savia que mana por ella gota á gota; como esta se compone casi estrictamente de azúcar disuelto en agua, con sólo evaporarla se obtienen unos cristales de azúcar casi puro.

—¿Dónde se descubrió el azúcar? ¿Quiénes fueron los primeros en usarlo? preguntó Manolito.

—Desde tiempo inmemorial ya se empleaba en China y en las Indias. Los europeos no lo conocieron hasta las conquistas de Alejandro, y aún continuaron usando la miel como materia azucarante. Los griegos lo llamaban *sal india, miel de caña ó saccharon*, de donde se deriva nuestra palabra *azúcar*. La caña sacarífera es originaria de la India, y de allá pasó sucesivamente á la Arabia, Egipto, Siria, Sicilia, Madera y Canarias; los portugueses de Madera la trasportaron al Brasil, y los españoles, despues del descubrimiento de las Américas, hicieron lo mismo en Santo Domingo, donde en seguida adquirió la caña gran desarrollo en su cultivo y explotacion. Pero sólo á principios del siglo XVII empezó á generalizarse en Europa el

uso del azúcar; ántes era una droga carísima de la medicina, que se vendía á onzas en casa de los farmacéuticos, poco más ó ménos como hoy compramos la quinina. Ahora, Manolito, no me entretendré en explicarte todas las aplicaciones del azúcar, porque son bien conocidas. Es un agente poderoso de conservacion para las sustancias orgánicas, como te lo atestiguan las conservas, dulces, almíbares, etc. Es preferible á la sal marina para conservar las carnes y el pescado, pues no cambia su sabor de un modo sensible. Los romanos recibían de lejanas tierras el pescado en vasijas llenas de miel.

El azúcar, aunque se ha hecho casi indispensable al hombre, no le puede alimentar más allá de 30 á 40 días; despues de enflaquecer horrorosamente, padecer el escorbuto y ulcerársele los ojos, muere luego de estenuacion. Aplicado al exterior de los animales de sangre fria, como ranas, lagartos, etc., obra como un verdadero veneno.

—¡Oiga! ¡Con que lo que es para mí una cosa muy rica, para otros puede ser muy nocivo!...

—Y para ti también; pues el abuso de esta preciosa sustancia desarrolla con rapidez en los niños aquellas enfermedades que te he dicho hace poco.

—Papá te quiere amedrentar. Ó si no ¿cómo se explica que nuestros negros comiéndolo á discrecion durante la cosecha de la caña, se encuentren mejor que en otras temporadas de trabajos ménos rudos?

—Es que el azúcar tomado con moderacion junto con otros alimentos, mejora sus cualidades digestivas y nutritivas. Y basta por hoy.

WALFRIDO NOEL.



## EL PESCADOR

## I.

En las turbulentas olas,  
 en la vaporosa bruma  
 que hácia el horizonte rasga  
 la ténue luz de la luna,  
 entre plateados celajes,  
 que el agua á veces azula,  
 que así en las ondas se quiebran  
 como de reflejos mudan,  
 una señal se divisa,  
 una barca se dibuja,  
 y, aunque inmóvil aparece,

porque la distancia es mucha,  
 mar adentro, mar adentro,  
 deslízase rauda, súbita.

Pescador es quien la guía,  
 pescador es quien no escucha  
 que léjos chocan bramidos,  
 que cerca ya el viento zumba,  
 que acaso en breves instantes  
 desgájese el cielo en lluvia...  
 pescador es que en su pecho  
 amor y esperanza aduna,  
 y ni temores le asaltan,  
 ni los peligros le asustan,

que, si su barquilla es frágil,  
es su confianza mucha.

De la noche en el misterio,  
pan para sus hijos busca,  
y jamás extraños fines  
su tranquila mente turban,  
que en su trabajo incesante  
hallarlo no pone en duda.  
Grande es la fe que le anima,  
noble el vigor que le impulsa,  
ancha la mar que en su fondo  
le brinda la rica industria.  
Las olas son su elemento,  
la Providencia su ayuda,  
las redes su patrimonio,  
su premio la paz segura  
que, alejado de miserias,  
en su cabaña disfruta.

## II.

Solitaria entre montañas  
de la blanca hirviente espuma,  
á pesar de los vaivenes,  
la barca camina enjuta;  
mas arrecia... arrecia tanto  
el vendaval que la empuja,  
que ya el pescador comprende  
que es temeraria la lucha,  
que su valor será inútil,  
que su fuerza será nula;  
y, con serena mirada,

mas con diligencia suma,  
práctico que no discrepa,  
el hinchado mar consulta,  
va al timon, velas recoge,  
á otro derrotero cruza,  
y así á resistir se apresta  
de la tormenta la furia.

.....  
.....

## III.

Ya se esconde, ya se apaga  
la ténue luz de la luna;  
ya es más oscuro el reflejo,  
ya es la niebla más confusa;  
pero otra luz blanca y roja  
en la superficie ondula,  
crece, se aviva, se ensancha,  
vese la barca que surca  
mar afuera, y mar afuera  
deslízase rauda, súbita.

Y cuando otra vez la tarde  
ocúltase entre las brumas  
y á la sosegada tierra  
de la noche el manto enluta,  
alza el pescador sus redes  
y vuelve á probar fortuna,  
y ni temores le asaltan,  
ni los peligros le asustan,  
que, si su barquilla es frágil,  
ama á Dios y Dios le ayuda.

SILVERIO FALCON.

# 28 DE AGOSTO

## SAN AGUSTIN

La festividad de este gran Santo que hoy celebra la Iglesia, nos trae á la memoria un prodigio de ternura maternal, reproduccion de tantos otros como nos presenta la Historia Sagrada y profana. Los jóvenes lectores de Los NIÑOS verán en el rápido bosquejo que vamos á trazar todo cuanto un hombre, un pueblo, la humanidad entera,

pueden deber al amor de una madre.

Árdua tarea y empresa superior á nuestras fuerzas sería el compendiar en un breve artículo los hechos del varon sapiente, luz brillante del siglo IV, doctor santo y esforzado, columna de la Iglesia, vencedor de sí propio, cuyo nombre es síntesis de una época de modificacion profunda de

la sociedad, época en que el cristianismo, apenas salido del lago de sangre de diez tremendas persecuciones, se acrisoló en los combates contra multitud de herejías.

*Agustin* era africano. El tesoro de inteligencia con que plugo á Dios dotar aquella cabeza, dió pábulo tenaz á una larga lucha entre el bien y el mal. Las pasiones eran ardientes; su mente infatigable, todo lo escudriñaba, todo lo analizaba. La conquista del bien sobre aquel hombre debieron celebrarla los ángeles del cielo, como la celebra la Iglesia universal desde el año 388.

Hubo un humilde instrumento de la conversión del fogoso nómada; ese instrumento fué una madre.

*Mónica* consagró su vida entera á pedir para el fruto de sus entrañas la entrada en la grey de los fieles, batallando un día y otro día, por armas abundosas lágrimas, fervientes oraciones y prolijas penas. Nadie que sea accesible á los sentimientos tiernos, á las misteriosas emociones del alma, dejará de ver en *Mónica* la más cabal personificación de la mujer pia, de la madre amorosa, preparando con su perenne llanto una corona de gloria á aquel vástago de su unión, que había de llenar el mundo con su nombre y hacer temblar á los enemigos de la fe ortodoxa. Sin Santa *Mónica*, aparte lo material del concepto, no habría San *Agustin*.

Hemos dicho que el siglo IV lo fué de reconstrucción. Roma pagana se hundía en el polvo del pasado. La Cruz triunfadora se elevaba en las colinas de la ciudad eterna. *Agustin*, en íntima amistad con los grandes hombres

sus contemporáneos, dotado de un talento de primer orden, sustituidas sus antiguas pasiones profanas por la pasión de la sabiduría y de la santidad, sosten del pontificado, que como faro esplendente aparecía entre las sombras de las catacumbas; *Agustin*, inundando con los raudales de su elocuencia aquella edad y admirando á las siguientes; destellando en sus obras admirables la pureza de la doctrina y la sublime humildad que la conversión había impreso en su poderosa organización, es uno de esos prodigios flagrantés de la gracia de Dios.

Es el obispo de Hipona demasiado grande para que en nuestra pequeñez osemos reseñar dignamente su portentosa existencia en todas sus múltiples manifestaciones.

Escritor eminentísimo, confesor humilde, doctor luminoso, piadoso fundador de una regla inmortal, consejero del *siervo de los siervos de Dios*, clara luz de la Iglesia de Cristo, magnífico arquitecto de la más magnífica *Ciudad*, el cristianismo le cuenta entre los hijos que más lo glorifican, y el mundo como un coloso de activa inteligencia.

*Tolle, lege*, oyó *Agustin* bajo la afortunada higuera donde encontró con las sublimes palabras del apóstol de las gentes, tan grande, tan infatigable como él, y como él venido á la gracia por un medio prodigioso. *Tolle, lege*, decimos á nuestra vez designando los libros del gran Santo, porque quien acierte á detenerse en sus preciosas páginas con corazón sincero y deseo de acierto, entrará en la senda del bien, si de ella va apartado, y este será aún otro fruto de las lágrimas de una madre.

M. CABALLERO DE RODAS.



FRAY LUIS DE LEÓN

Este eminente religioso agustino es una de las más puras glorias de nuestra querida España. Nació en 1527 y murió en 1591. Fué gran maestro en teología, y como hablista y escritor correcto raya á gran altura. Como poeta es uno de los mejores modelos que debe estudiar la juventud aficionada á las letras.

Persiguió mucho la maledicencia al respetable y digno religioso, y cinco

años estuvo preso en las cárceles de la Inquisicion, pero no hubo jueces que le sentenciaran, ántes bien, hubieron de declarar su inocencia.

Fué hombre de gran energía y firme voluntad, severo consigo mismo é indulgente con los demas, y sobre todo con sus enemigos.

Sus virtudes fueron tan grandes y notorias como su profundo y elevado talento.

## EL PELÍCANO Y LA NATURALEZA

(FÁBULA)

Al Pelicano admiraba  
uno que le via amante  
dar su sangre á sus hijuelos,  
y exclamó: ¡Gran Dios! ¡qué ave!

Naturaleza lo oyó,  
y preguntóle: «¿Qué padres  
conoces tú que á sus hijos  
les nieguen nunca su sangre?»

M. A. PRÍNCIPE.





## RETRATOS INFANTILES

### III

#### LA MUJERCITA DE SU CASA

Dá gusto ver á esa niña, hija de un excelente amigo mio que ahora es secretario del ayuntamiento de..., y sería el hombre más feliz del mundo, si no tuviera sobre sí la inmensa pesadumbre de haber perdido á su dignísima compañera hace pocos meses, la cual le ha dejado dos hijos: la niña á quien

consagro este artículo, y un niño, que nació dos dias ántes de morir la pobre madre.

Mi amigo Ramirez, que así se llama el padre de la niña, ha ocupado desahogada posicion en Madrid, y no pensaba él por cierto hace algunos años que se veria en la precision de aceptar

una secretaria de ayuntamiento en un pueblo insignificante, para poder vivir. De la noche á la mañana, Ramirez perdió su fortuna en la quiebra de un banquero, y quedó, como vulgarmente se dice, sin tener donde caerse muerto. Solicitó colocacion en su carrera de abogado, pero no la obtenia tan pronto como deseaba; las necesidades apremiaban; él no es de esos hombres sin decoro que viven de la trampa y el engaño, y ántes de verse completamente sin recursos, y por consejo de su excelente esposa, distinguidísima señora tan resignada y digna en la desgracia como sencilla y modesta en la fortuna, aceptó el humilde, pero honroso cargo que se le ofrecia; y contentos y dando gracias á Dios, se trasladaron los esposos con su hija al pueblecito donde habian de establecerse y vivir hasta que Dios quisiera.

Pronto se acostumbraron á la vida del pueblo, tan distinta de la de Madrid, y ántes de mucho tiempo casi habian olvidado su perdida riqueza, y se reían del lujo y de las inútiles necesidades que trae consigo, y no cesaban de dar gracias á Dios por haberles inspirado tan recta y dignamente. La niña, que ya tenía cinco años cuando fué al pueblo, tampoco echaba de ménos el lujo y las comodidades de su casa de Madrid, ni los bonitos juguetes, ni las funciones de teatro, ni siquiera los cochecitos del Prado.

Era la de Ramirez una familia completamente feliz, y el secreto de esta felicidad no podia ser más sencillo: consistia en que los esposos se adoraban y la niña amaba, sobre todas las cosas de este mundo, á sus cariñosísimos padres. ¿Cómo no habian de ser felices?...

Dos años pasaron, que fueron los más

dichosos de la honrada y digna familia, y muchas veces decia la buena esposa á su marido:

—En verdad te digo, que si no fuera porque nuestra hija no tendrá fortuna, diria yo á todo el que quisiera oirlo que me alegro mucho de que hayamos perdido cuanto teniamos.

—Lo mismo pienso yo, decia el bueno de Ramirez, tipo el más perfecto del hombre de bien.

—Pero llegó un dia que los esposos esperaban anhelantes; un dia que había de ser el complemento de su felicidad, el del nacimiento del hermanito de Angela, que ya es hora de que os diga, queridos lectores, el nombre de la mujercita de su casa; la amante madre dió á luz un hermosísimo niño, pero ¡ay! dos dias despues moría la desdichada en brazos de su desventurado esposo, que no murió de dolor porque Dios no quiso dejar desamparados á aquellos dos ángeles que dejaba en el mundo la infortunada madre.

El dia ántes de su muerte, ésta llamó á Angelita, y le dijo:

—Hija mia, si Dios me llamara al cielo, yo no tendria más remedio que obedecer, y entónces te quedarias aquí sola con tu padre y tu hermanito.

La niña rompió á llorar.

—No llores, hija mia; ¿pues no conoces que si Dios me lleva al cielo será por mi bien?... Lo que tendrás que hacer entónces es ocupar mi lugar en el cuidado de tu hermanito y en el amor de tu padre. Tú debes ser el consuelo de los dos; has de ser, en fin, una mujercita de tu casa, y yo, que te estaré viendo desde el cielo, te bendeciré mil y mil veces al dia.

No ha olvidado Angelita estas palabras de su madre moribunda, y todo su

afan es cumplir los deseos que en tan solemne ocasion le manifestó, é imitar en lo posible á la que tan buena habia sido, y que la está viendo desde el cielo.

Cuando voy á pasar unos dias en casa de mi pobre amigo, que ya no quiere salir del pueblo, aunque podria ocupar una decorosa posicion en Madrid, porque desea vivir allí donde está enterrada su compañera, me encanto viendo á Angelita, y aunque la envidia es fea y abominable pasion, envidio á Ramirez la dicha de ser padre de una hija semejante. Esta debe ser una suprema ventura, y yo siento no tenerla.

Una vecina, buena mujer, se ha encargado de criar al niño, huérfano de madre á los dos dias de nacer; pero no hace más que darle de mamar y vestirle, y luego se va á desempeñar las obligaciones de su casa, porque ella tiene tambien marido é hijos.

Lo demas lo hace todo Angelita.

Ella tiene la casa como una tacita de plata; ella cuida de la ropa de su padre y de la del niño, y en último lugar de la suya, y áun le queda tiempo para hacer una colcha primorosa con el estambre que me encargó en una donosísima carta, y que yo me apresuré á enviarle hace algun tiempo; ella lleva la cuenta del gasto de la casa, y sostiene discusiones con la cocinera á propósito del gasto, en las que demuestra conocimientos matemáticos que no son muy del gusto, por cierto, de la susodicha cocinera, á la cual no le permite hacer otra cosa que la comida, y dentro de poco ni para esto la necesitará, porque ya sabe ella cómo se guisan muchas cosas, y espera convencer á su padre de que ha de sa-

berle mucho mejor la comida hecha por ella que hecha por la torpe cocinera; ella cuida de los animales que su padre tiene gusto en tener, y los animales la quieren con extremo; ella duerme al niño, le canta, le calla cuando llora, le hace mil monerías para que se ria el angelito, y es, en fin, una madrecita en miniatura, tan cuidadosa, tan vigilante, tan prudente, tan previsora como puede serlo una madre de larga experiencia.

Yo le llevo, cuando voy á verla, alguna muñeca. La niña la recibe con alegría, cosa natural en su edad, juega con ella un momento, pero pronto la abandona, pronto piensa que sus obligaciones de mujercita de su casa son incompatibles con las muñecas.

Figuraos, niños míos, si estará contento con Angelita su padre.

—He sido el más infeliz de los esposos, me dice, por haber perdido á mi adorada María; pero, no lo dudes, soy el más feliz de los padres. Esa niña que ves junto á la cuna de su hermanito es un verdadero prodigio de la naturaleza. No te puedes figurar hasta dónde llegan el órden, la economía, la prudencia, la fuerza de voluntad, la actividad, la virtud, en fin, de esa niña incomparable. Algunas madres que tú y yo conocemos en Madrid, descuidadas, ignorantes, que no pueden resistir el más ligero trabajo, que se fatigan pensando en las cosas de la casa, que dejan hacer su voluntad á las criadas, que no saben lo que es prevision, lo que es economía doméstica, podrian aprender mucho viendo á esta niña de siete años hacerlo todo, pensar en todo, cuidar de todo con la mayor sencillez y la más encantadora naturalidad, sin hacer alarde de ello, sin fati-

ga, sin olvidar el más mínimo detalle, como una mujer, en fin, como una verdadera mujer de su casa. Cuando pienso que una enfermedad puede arrebatarme esta ventura, cuando pienso que mi hija puede morir... no sé lo que me pasa.

—Morirías tú también, le digo yo, pero Dios te la conservará, Dios te la ha dado como premio de tus virtudes.

Y no creais, queridos niños, que esta admirable criatura no sabe más que cuidar de su casa; también sabe otras cosas muy útiles y propias de una niña bien educada; sabe leer y escribir con perfección, sin que se le escape una falta de ortografía, sabe doctrina cristiana, geografía, historia; lee los buenos libros que le dá su padre, y más en la memoria tiene ella todo lo que se

ha publicado en Los Niños que yo mismo; en prueba de lo que la quiero, le he regalado los tres tomos, muy bien encuadernados, y con una dedicatoria en letras doradas que dicen:

Á LA MUJERCITA DE SU CASA.

Ese regalo le ha dado mucha alegría; sentiré que este articulito no le dé tanta, porque modesta, humilde, sencilla, no gustará ella de que se saquen á plaza sus virtudes, y la mortificará acaso este público elogio. Tenga paciencia mi querida niña, que yo no lo he hecho para satisfacción suya, sino para ejemplo de las demás.

Y Dios la bendiga, como la bendicen su madre desde el cielo, y en la tierra su padre, y los pobres del pueblo, y cuantos la conocen y saben lo que vale.

C. FRONTAURA.

## EL PELOTAZO

(FÁBULA)

A un chiquillo un chicozo  
le encajó tan tremendo pelotazo,  
que le hizo un gran chichon en el cogote;  
mas la pelota, al bote  
volviendo atras con ímpetu no flojo,  
tornó por donde vino,

y encontrándose un ojo en el camino,  
al autor del chichon dejó sin ojo.

No haga al prójimo mal quien esto note,  
porque el mal es pelota  
que vuelve contra el mismo que la bota,  
ó miente el pelotazo en el cogote.

M. A. PRÍNCIPE.





DON AGUSTIN MORETO

Este ingenioso y elegante poeta, uno de los más brillantes de aquella gloriosa serie del siglo XVII, nació en Madrid y fué bautizado en la parroquia de San Gines.

D. Agustín Moreto escribió donosas y discretas comedias, en las que se admira la elegancia de la frase, lo bien urdido de la trama y la profundidad del

pensamiento. *El desden con el desden, La esclava de su galan, El rico hombre de Alcalá* y otras, vivirán mientras haya teatro en el mundo. Fué don Agustín, cuando mozo, muy dado á aventuras, y alegre y travieso por extremo; pero siempre buen cristiano y tipo perfecto del discreto y cumplido caballero.

---

 LA MEDALLA DE ORO
 

---

(Continuacion)

Con tan halagüeña esperanza llegó al lado de la fuente, y poniendo en el suelo su pesada carga, se sentó en uno de los bancos de piedra.

Era una apacible tarde del mes de Junio.

En uno de los bancos próximos á la

fuente, se hallaba sentado un venerable anciano modestamente vestido. Era el padre Santos.

Isidro no advirtió su presencia, gravemente ocupado en pregonar á voz en cuello su mercancía.

De pronto llamó su atención el vuelo

indeciso y penoso de una golondrina, que, elevándose á unos veinte pasos de él, vino á caer sobre sus rodillas.

Cogióla cuidadosamente con ambas manos, y la aproximó á su cara como para acariciarla, notando entónces que pasaba un hilo por debajo de sus alas, aprisionándola el cuerpo ligeramente, atado en la parte inferior de la cola.

Un niño, como de diez á doce años, llegó en reclamacion de la golondrina. Era Carlos Acevedo.

A su mano izquierda venía arrojando un hilo, cuyo término se encontraba bajo las alas de la cuitada avecilla.

El padre Santos prestó toda su atencion á aquella curiosa escena, procurando recatarse de ambos niños.

—¡Venga mi golondrina! exclamó Carlos con imperativo ademán.

—¿Es de V.? ¡Pobrecita! dijo Isidro imprimiendo un beso en la cabeza del aprisionado pajarillo. ¿Por qué no la deja V. libre?

—¡Por supuesto! ¡qué bruto es este muchacho! ¿Pues no quiere que deje en libertad mi golondrina? ¡Vamos... venga! ¡Venga pronto, que es mia!

—¡Tómela V.!... ¡Qué triste está la pobrecita! ¿No la haga V. daño... no? ¡No la martirice V.!

—Haré lo que me dé la gana, que para eso es mia; replicó Carlos con tiránica resolucion. Y alejándose unos treinta pasos, dióla de nuevo al aire con inconcebible alegría, y soltando esta vez cinco ó seis varas más de hilo, con la diabólica intencion de prolongar un instante más la fugaz alegría de su martirizado prisionero.

—¡Qué crueldad! murmuró el pobre naranjero, siguiendo con ojos compasivos el fatigoso y jadeante vuelo de la

golondrina, que vino á caer de nuevo á sus piés.

Esta vez salió al encuentro del implacable Carlos, decidido á arrebatarse su víctima.

Carlos se le acercó, diciendo:

—¡Qué alta ha subido esta vez! ¿verdad? ¡Pues verás ahora, verás!... Dame acá.

—¡No quiero! ¡No se la daré á V.!

—Yo te mando que la dejes en el suelo. ¿Es tuya acaso? ¿Por qué me la quitas? ¿Voy yo á quitarte tus naranjas? Seguro estoy de que ni una sola me darias si ántes no te la pagara.

Estas palabras despertaron una idea en la mente del apesadumbrado muchacho, que despues de meditar un instante, y como haciendo un esfuerzo, exclamó de pronto:

—¿Quiere V. una naranja por ella?

—¡Quita allá! Si yo quisiera naranjas dinero tengo para comprarlas.

—Pues... ¿qué quiere V. por ella?

—¡Quita de ahí, miserable! No tienes tú bastante dinero para comprar mi golondrina. Y sobre todo, ¿para qué la quieres tú? Tú no tienes tiempo de sobra, como yo, para divertirte con ella.

—¡Para divertirme!... contestó Isidro con tristeza. Pues qué, ¿puede uno divertirse haciendo sufrir á nadie? No, señor... yo no la quiero para eso.

—Pues ¿para qué la quieres entónces?

—Para darla libertad, contestó Isidro con expansion.

—¡Qué bruto es este chico! Pero, en fin, si yo te la vendiera, nada me importaria que hicieras con ella lo que te diera la gana.

—¿Cuánto quiere V. por ella?

—¿Cuánto dinero tienes?

—Tengo... tengo una peseta... res-

pondió el generoso muchacho con ingenuidad.

—Pues dámela, y te cedo la golondrina.

—Es que... es que no puedo; no es mia.

—¿Y quién te manda entonces ofrecer lo que no es tuyo? exclamó el contrariado Carlos. ¿Has querido burlarte de mí? Ea, vete, y déjame jugar en paz con mi golondrina.

El muchacho vió alejarse de nuevo á su antagonista, llena el alma de infantil pesadumbre. Despues colgó su cesta del brazo, decidido á alejarse de aquel sitio; pero una profunda y entrañable curiosidad le sujetaba allí. El cruel entretenimiento del inexorable Carlos tenía á sus ojos irresistible atraccion.

Sentóse de nuevo, quedando triste y pensativo, fija en el suelo la mirada.

—¡No puedo! murmuraba: ¡no puedo disponer yo de este dinero! ¡Mi padre me reñiria!... ¡me pegaria!... ¡no puedo!... ¡no puedo!

El padre Santos seguia todos los movimientos de Isidro, adivinando todo lo que pensaba.

La golondrina cruzó una vez más el espacio que mediaba entre ambos niños, y una vez más vino á caer sobre su generoso intercesor. Parecia que demandaba su auxilio.

Isidro, cediendo resueltamente al sentimiento que le dominaba, exclamó:

—Ya no se la vuelvo á usted; ya es mia... yo la compro. ¿Cuánto quiere usted por ella? Una peseta... ¿verdad? Tómela V.

—¿No es falsa? Receló el codicioso Carlos, examinando la moneda. No; parece buena.

—Buena es, repuso Isidro con frio desden, mientras desataba cuidadosa-

mente el nudo que aprisionaba la golondrina.

—¿Vas á darla libertad?

—Es claro.

—¡Qué bruto!

Y se le quedó contemplando con mirada atónita, sin acabar de comprender tan bella y generosa accion.

Isidro contestó á aquella mirada impertinente y fria con una sonrisa de melancólico desden.

Carlos desapareció mordiendo el canto de la peseta, y restregándola en la manga de su elegante chaquetilla, hasta quedarse convencido de que no era falsa.

El padre Santos le siguió con la vista hasta verle desaparecer. Despues fijó en el cuitado naranjero sus investigadores ojos, en los que brilló una lágrima de entrañable satisfaccion.

La golondrina fué lanzada al aire por su libertador, quien siguió su alegre vuelo hasta perderla de vista, saltando y palmoteando con febril alegría.

En aquel momento empezaba á cerrar la noche.

—¡Pobrecita! ¡qué contenta va! exclamó aún. Y tomando su cesta echó á andar con direccion á la plazuela del Rastro.

El padre Santos siguió los pasos de Isidro.

Durante el camino no cesó de reflexionar el pobre muchacho sobre la cuenta que iba á dar de las naranjas.

—¿Qué vá á ser ahora de mí? pensaba. ¿Qué le digo yo á mi padre? ¡Buena tunda me espera! ¡Dios mio!... ¡Dios mio! Y sofocando cuanto podia los sollozos, llegó á la presencia de su padre, á cuyos piés dejó caer la cesta, rompiendo á llorar amargamente, y ex-

clamando: «¡Perdon, padre, perdon!»

—¡Perdon... de qué? exclamó el padre Santos con voz grave y pausada, apareciendo de improviso delante del puesto, y tendiendo los brazos al atribulado Isidro.

—¡El padre Santos!

—¡Sí, hijo mio! Yo soy. Yo, que me

siento henchido de orgullo al estrecharte ahora en mis brazos.

El padre Santos refirió á los padres de Isidro el lance del Prado, encargándoles despues que acompañaran á su hijo á los exámenes que habían de tener lugar en el colegio el siguiente dia.

(Se concluirá.)

EMILIO ALVAREZ.

## PENSAMIENTOS

La ambicion es como un caballo rebelde que no cesa de dar vueltas y saltos hasta que echa por tierra al jinete, por muy hábil y experimentado que sea éste.



Un alma hermosa reflejándose en un rostro hermoso tambien, ¡qué gran armonía! Un alma hermosa bajo un rostro feo y antipático, ¡qué gran compensacion! Un alma fea bajo un rostro hermoso, ¡qué cosa tan horrible! Tenedlo muy presente, queridos lectores.

¿Cómo evitarás caer en el pecado?—Pensando siempre de dónde vienes, á dónde vas y á quién tendrás que dar estrecha cuenta de tus acciones.



Todo hombre me inspira respeto hasta el momento en que le oigo hablar. Si hallo que es un hombre discreto, modesto y sincero, mi respeto hácia él aumenta; pero si en él no descubro juicio, ni sinceridad, ni modestia, ya no me inspira más que indiferencia.

## TIPOS DEL PUEBLO ESPAÑOL



Salamanquina.



Murciana.